

EL SISTEMA DEFENSIVO FRONTAL DEL CASTELLET DE BANYOLES, TIVISSA, RIBERA D'EBRE

RAMÓN PALLARÉS COMAS

En agosto de 1978 iniciamos nuestras primeras excavaciones en este poblado, en el que en 1912, 1925 y 1927 se habían hallado de forma casual diversos lotes de materiales de una cierta importancia, sobre todo el último, que ofreció cuatro páteras de tipo mesómphalos decoradas, diez vasos de tipo aqueménida y una copa, todo en plata, dado a conocer, el primero de ellos, por el Dr. Pere Bosch en el *A.I.E.C.* de 1913-14 y el resto por J. de C. Serra Ráfols en la revista *Ampurias* de 1941.

Debido a la importancia de las piezas, a partir de 1929 se iniciaron los primeros sondeos y las primeras excavaciones en 1932, 1937 y una gran campaña en 1942-43, a cargo de S. Vilaseca, Ll. Brull y J. de C. Serra Ráfols, a partir de las que se constató la existencia de un asentamiento ibérico y se descubrieron dos torres que flanqueaban el acceso al poblado, parte de la muralla y unos hábitats. De la última campaña se editó en 1949 una Memoria, no excesivamente completa, en la que los autores se limitaban a indicar la situación geográfica del yacimiento, los hallazgos fortuitos anteriores a su intervención, un breve repaso a los materiales de excavación y su opinión sobre la fecha de la destrucción del poblado, que situaron sobre el 218 a. de J. C.

Indicamos que los materiales hallados en 1912 fueron depositados en el Museo Arqueológico de Tarragona, los de 1925 y 1927 en el de Barcelona, y los procedentes de las diversas campañas en el Museo Municipal de Reus. A partir del trabajo de 1949 nadie se volvió a ocupar de este magnífico poblado junto al Ebro, salvo algún intento de interpretación y estudio de las escenas, que grabadas a buril y sobredoradas, aparecen en una de las páteras halladas en 1927, y que han sido y son reproducidas en numerosas ocasiones, de manera que ellas, en el fondo, han sido las que han mantenido vivo el recuerdo de este yacimiento.

Así, pues, desde 1943 no se habían vuelto a realizar trabajos ar-

queológicos y, por ello, a nuestra llegada en el año indicado hallamos las torres de acceso cubiertas de vegetación, sus flancos presentaban claros y graves deterioros y del zócalo de los hábitats descubiertos nada se observaba, pues los restos de tapia que se levantaban por encima los había sepultado de nuevo, disuelta al quedar al descubierto. Toda la área anteriormente excavada estaba cubierta del típico monte bajo de la zona; no en vano habían transcurrido casi 40 años sin cuidado ni protección.

Al no existir diario de excavaciones, ni planos, sólo un esbozo publicado en la Memoria de 1949, ni siquiera alguna nota orientativa, aparte las ya indicadas, el hecho de que todos los responsables y autores anteriores hubiesen fallecido, y al no haberse realizado un estudio completo tanto de los hallazgos casuales habidos, como de los materiales hallados en excavación en las sucesivas campañas, de los hábitats, estructura urbana y de los sistemas defensivos, nuestra primera intención fue la de simultanear las excavaciones arqueológicas en el centro del poblado, en busca, si era posible, del tipo de urbanismo, de poder determinar si éste cubría, por completo, toda la plataforma donde se asienta el Castellet, con la limpieza y reexcavación de las torres y hábitats descubiertos con anterioridad, de manera que nos permitiera levantar un plano, planta y alzada, a buena escala y poder así iniciar su estudio.

Vistos estos antecedentes, necesarios por otra parte para explicar los vacíos cronológicos y una posible remodelación del sistema defensivo frontal de este poblado, es decir, la posible construcción de las dos torres pentagonales que defienden el acceso principal, a fines del siglo III a. de J. C., que no podemos fechar con exactitud, entramos directamente en materia.

Por su situación geográfica el Castellet de Banyoles presenta un solo acceso natural, pues este yacimiento se asienta sobre una plataforma cuaternaria, de roca caliza, de estructura triangular, cuyos lados han sido erosionados por dos barrancos y su base lo ha sido por el río Ebro, de tal forma que, en la actualidad, sus aguas transcurren a 20 metros sobre el nivel del mar, mientras la plataforma está a una cota de 120 metros, presentando unas vertientes abruptas, duras, de gran pendiente. Sólo en su parte oriental un pequeño corredor, de unos ocho metros de ancho por ciento veinte de largo, permite el acceso.

Así, el poblado, que cubre las 4,44 hectáreas que tiene de dimensión la plataforma, ofrece, de natural, unas defensas de primer orden, incrementadas por una gran muralla que recorre todo el perímetro de la plataforma, y por un complejo sistema frontal, allí donde se sitúa el único acceso. Es a éste — que comprende a las dos torres pen-

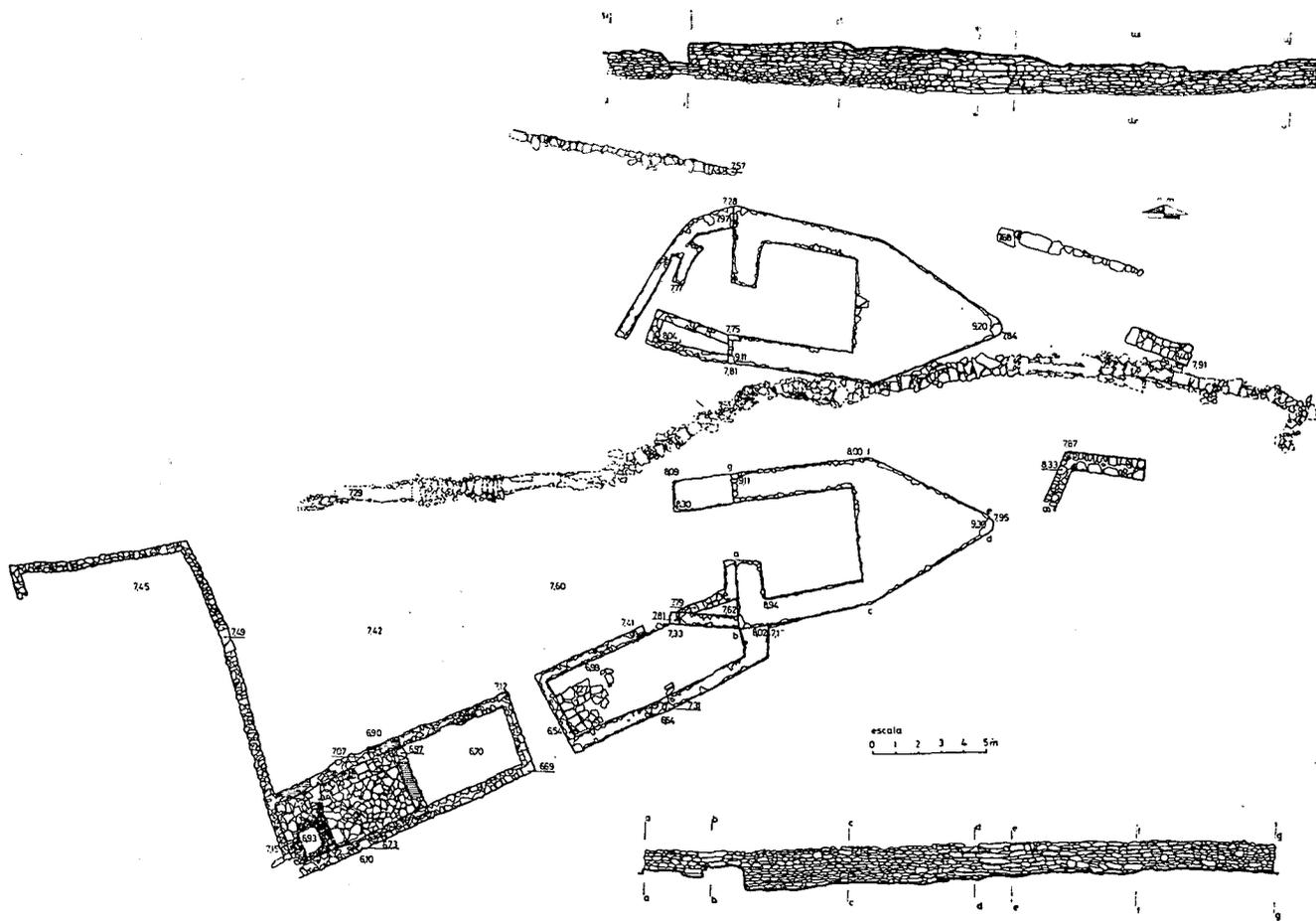


Fig. 1. — Planta y alzado de las dos torres pentagonales y tramo de muralla.

tagonales — al que nos vamos a referir a continuación, dejando, sin embargo, dos constancias referidas a la muralla. En primer lugar indicamos que quienes excavaron en 1942-43 dieron como posible muralla el muro exterior de 0,45 m de anchura que forman lo que, en su día, llamaron hábitats, junto a la torre pentagonal Sur, por estar enlosados; nosotros consideramos que, efectivamente, este muro, del que sólo queda el zócalo de piedras, formaba parte de la muralla del Castellet, pero no es toda la muralla, sino su cara exterior. Es decir, la muralla del Castellet estaba formada por este muro y por otro paralelo a él, a 2,50 m de distancia, de igual dimensión y entre ambos muros existía el relleno de la muralla; por tanto, el espacio tomado como hábitat no es otra cosa que el grueso de la muralla, y las losas se colocaron para buscar la perfecta horizontalidad de la base de piedra del zócalo y poder disponer la tapia encofrada por encima, formando los lienzos, rellenos en su interior.

La razón de tanto cuidado en la construcción de la muralla — como es la disposición de un empedrado entre el muro exterior e interior — no es otra que la búsqueda de una base plana donde apoyar, sin riesgos de movimiento, la enorme masa de la tapia que se levantaba por encima, de manera que el parados o paseo de ronda superior no se agrietase, permitiendo con ello las filtraciones de agua, único serio peligro para la tapia. Porque de tapia con un zócalo o drenaje de piedra era la muralla del Castellet, y ello no debe extrañarnos, ya que presenta grandes ventajas sobre la piedra. Frente a un impacto, por ejemplo, la tapia lo absorbe, mientras que la piedra tiende a dislocarse, su construcción es rápida, permite levantar defensas en cualquier sitio, su dureza es pareja a la piedra; pero eso sí, debe preservarse de toda humedad; de ahí el zócalo de drenaje y la disposición del enlosado como base. En el fondo, este sistema constructivo tiene tantas ventajas que todavía hoy es posible constatarlo.

Así, la muralla del Castellet está formada por un muro de 0,45 metros de grueso, de piedras desbastadas, de pequeño tamaño, dispuestas en seco, sin alineación; al exterior, otro de igual dimensión y estructura, paralelo a 2,50 m de distancia, relleno su interior por piedras más pequeñas, apisonadas, y unas losas planas cubriendo el relleno en busca de un plano horizontal en que levantar la tapia encofrada por encima, sin riesgos de movimiento alguno. Incluso puede verse que, para mayor seguridad, a tramos regulares dispusieron otro muro que unía el del exterior e interior, que formaban la muralla.

Respecto al problema de su altura, debemos decir que era normal elevar el doble de la anchura, de manera que la muralla del Castellet podía llegar a los seis metros de altura, si al lienzo le añadimos el zócalo y las almenas.

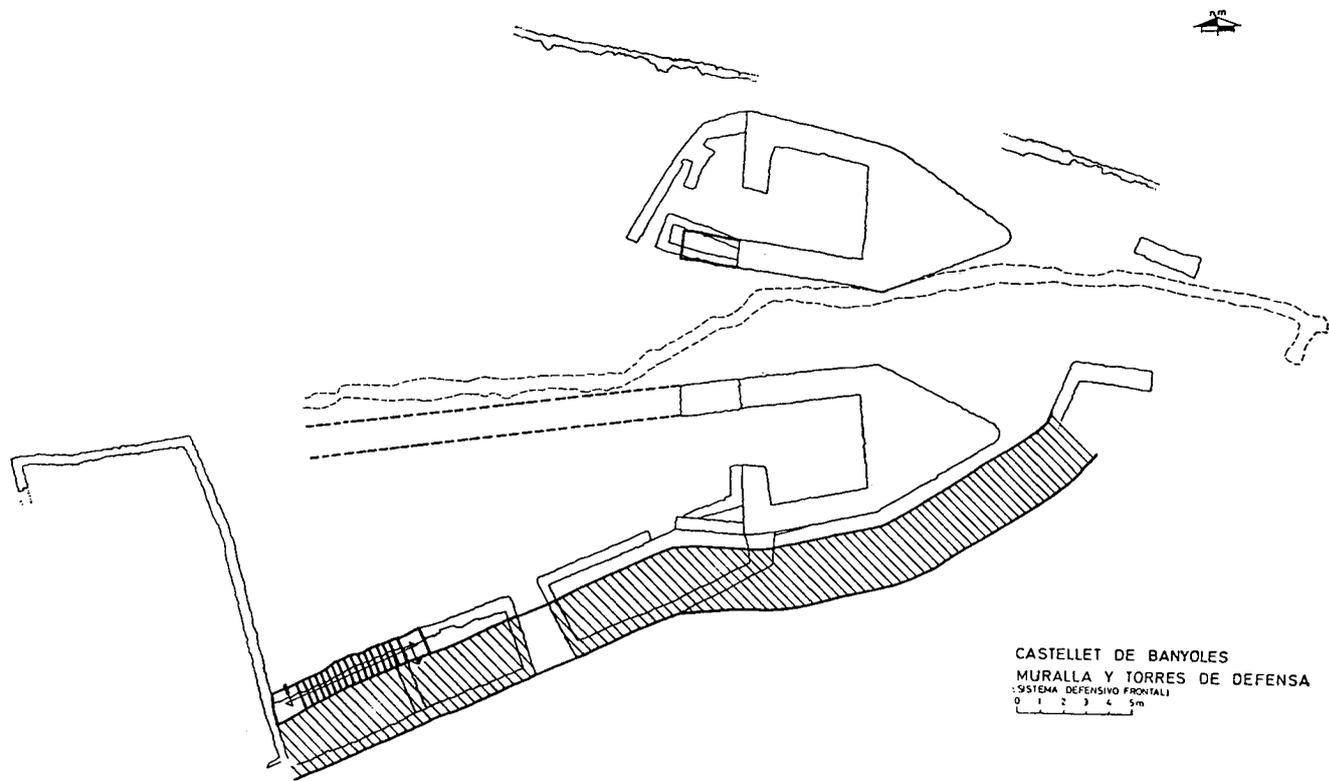


Fig. 2. — Hipótesis del epikampion. Obsérvese que la muralla circunscribe a las dos torres gemelas que forman una segunda línea defensiva.

La segunda constancia trata de algo ya más difícil de constatar y de la que sólo podemos aportar testimonios fotográficos, realizados durante la excavación de la torre Sur y publicados tanto en la Memoria de 1949 como en el artículo de J. de C. Serra Ráfols sobre el Castellet en la revista *Ampurias* núm. III. En ellos se ve claro que la muralla, al llegar a la altura de la torre Sur, no enlaza — como en la actualidad — con ella, sino que como sucede en la torre Norte la muralla corre paralela a la torre, como si la circunscribiera y, en efecto, creemos que así era. Por tanto, debemos pensar que los excavadores de 1942-43 al descubrir en zanja la base de piedra de la torre Sur notaron que la muralla, el muro exterior, no cerraba con la torre, y suponiendo que tal hecho se debía a una clara falta, a un derrumbe circunstancial, construyeron el pequeño muro que, en la actualidad, une la muralla con la torre Sur. No pensaron en que la muralla podía encerrar las dos torres pentagonales y suplieron lo que sospecharon era una ausencia debida o bien a la acción del tiempo o a la de los asaltantes.

Planteadas estas dos cuestiones, que consideramos básicas para desarrollar nuestra propuesta sobre el sistema defensivo frontal del Castellet de Banyoles, diremos que iniciamos los trabajos de consolidación de las torres y su reexcavación en busca de una posible fosa de fundación, ver cómo se asentaban y si teníamos suerte poder hallar algún elemento que nos permitiera determinar su cronología, y así comprobar si las defensas frontales son construidas al mismo tiempo que el asentamiento urbano en la plataforma y la muralla que lo encierra, de los que si tenemos una fecha clara, la del último tercio del siglo IV a. de J. C., o bien estas defensas fueron construidas con posterioridad, en una remodelación de todo el perímetro defensivo en el siglo III a. de J. C.

Porque el problema reside en considerar si a finales del siglo IV el mundo indígena de esta área del Ebro utiliza o no la artillería como arma de asalto, ya que las estructuras poligonales en los sistemas defensivos no son otra cosa que la respuesta a la introducción de la balística y, precisamente, en el Castellet tenemos dos torres de forma pentagonal que flanquean el acceso principal. Es decir, las dos torres toman su estructura para defenderse, ofreciendo un ángulo al impacto de la catapulta, máquina que, por otra parte, tenemos testimoniada en los textos su utilización por primera vez en el 398 antes de J. C. por ingenieros siracusanos. Por tanto, su aparición en esta zona del Ebro, a finales de siglo, no ofrece problemas en cuanto a su utilización; sin embargo, desconocemos si en tal fecha tuvieron lugar históricamente unos sucesos de tales dimensiones, que ya, inicialmente, el poblado construyera unas defensas concebidas para hacer frente a la artillería.

No sabemos de sucesos en esta área a finales del siglo IV, ni tan sólo a inicios del III, pero sí que los conocemos, y de gran trascendencia, a finales del siglo III a. de J. C. y con dos ejércitos que, sin ninguna duda, utilizaban las máquinas más modernas de asalto. Es más, sabemos que el Castellet fue forzado, asaltado, incendiado y destruido con la intervención de estos ingenios, a finales del siglo II antes de Jesucristo, pues se han hallado en las excavaciones sus proyectiles, con todas las consecuencias que de ello se pueden determinar en cuanto a la identificación del asaltante.

Los graves problemas que sufre esta zona a finales del siglo III, nos parece que son la clave que determinó la remodelación de los circuitos defensivos de los diversos asentamientos indígenas, adecuándolos a las nuevas armas en manos de púnicos y romanos. Es ahora, prácticamente un siglo y medio después de lo que sucediera en las ciudades griegas de Sicilia y Magna Grecia, cuando el mundo ibérico del Ebro, ante la urgente necesidad, introduce en las defensas aquellos adelantos que le permitan con un cierto éxito hacer frente a los nuevos ingenios.

Si esto es cierto, debemos pensar que las torres pentagonales no son contemporáneas al inicio del Castellet y sí fruto de una remodelación posterior que podríamos situar a partir del 218 a. de J. C.; porque el Castellet, quizás por éstas, supera los difíciles momentos de la segunda guerra púnica, el cambio de siglo y llega sólo a ser destruido a finales del siglo II a. de J. C., y su final pudo ir unido al hecho de la conquista romana del centro peninsular si consideramos el papel que juega el río Ebro, como el Guadalquivir, de vía directa, de transporte y retaguardia, y la necesidad de su control; por tanto, impedir que asentamientos indígenas pudieran, por su dominio sobre el río, como es el caso del Castellet, interceptar las vías y retaguardias romanas si querían conseguir su finalidad.

Decíamos que si es cierto el planteamiento anterior, los sistemas poligonales se inician, se introducen en las defensas, como respuesta a los nuevos ingenios, catapulta, ariete cubierto, lanzallamas, minas, torres móviles, que aparecen a finales del siglo V a. de J. C. durante la guerra del Peloponeso, o a inicios del IV, en las luchas de las colonias griegas de Sicilia con los cartagineses. Las nuevas máquinas obligaron a todas las ciudades del área y de la Magna Grecia a revisar, recomponer o levantar de nueva planta defensas capaces de hacerles frente con un cierto éxito. En Posidonia, por ejemplo, la vieja colonia sibarítica creada para desviar parte del comercio de Cumas, tenemos, en su renovado circuito, la torre n.º 20, de estructura pentagonal, que es un claro antecedente, incluso en medidas, a las dos gemelas del Castellet.

La torre pentagonal de Posidonia defiende una poterna y forma con el lienzo de la muralla un verdadero epikampion; es decir, al formar un ángulo la torre con el lienzo deja un espacio libre, que incluye la pequeña salida. La torre pentagonal, la muralla, el espacio entre ambas y la poterna forman un dispositivo defensivo de primer orden recomendado por estrategas y analistas del momento, como el Tático Eneas o Filón de Bizancio. De ahí que hablemos de sistema defensivo y no de una defensa aislada.

El funcionamiento de este conjunto defensivo consiste en hacer salir del recinto amurallado hombres armados por la poterna hacia el espacio libre, dejado por el ángulo de la torre y el lienzo de la muralla en el exterior, formarlos en profundidad y buen orden, siempre fuera de la vista del enemigo, que cercaba la ciudad, y a una señal irrumpir bruscamente, con rapidez, al exterior e intentar destruir las pesadas máquinas de artillería, que debían ser fijadas en el suelo, no muy alejadas de sus objetivos. La sorpresa era el factor esencial. Ahora bien, conseguida o no la destrucción la gente armada, que había salido del epikampion, podía replegarse y entrar de nuevo en él y por la poterna penetrar de nuevo en la ciudad, pero si eran perseguidos en el repliegue, los sitiadores caían bajo el fuego que de la torre pentagonal y la muralla podía hacerse contra ellos, y si a pesar de todo progresaban y entraban en el espacio entre la torre y la muralla, siempre los defensores podían cerrar la poterna, quedando la ciudad a salvo y con todas las defensas al completo.

Era frecuente a mediados del siglo IV a. de J. C. — no antes — hallar en los circuitos defensivos de estas ciudades varios epikampia con lo que conseguían amenazar de una manera constante los flancos de los sitiadores y además la amenaza sobre las máquinas daba lugar a distraer fuerzas de vigilancia. Con este dispositivo, quien deseara tomar una ciudad precisaba de un numeroso ejército y con claras especialidades dentro de él; aparte la tradicional caballería e infantería, ahora se precisaba de un buen cuerpo de ingenieros, artilleros, zapadores, lo que comportaba un presupuesto muy elevado para cualquier acción, fuera ya del alcance del concepto tradicional de polis, que añadía esta incapacidad a la crisis de sus básicas estructuras, políticas, económicas, sociales y religiosas, iniciada unos años antes. Sólo entidades mayores podían hacer frente a los gastos de una campaña organizada y esto es lo que sucedió.

Planteada la cuestión y vistos los antecedentes, diremos que las dos torres pentagonales del Castellet se asientan directamente, sin fosa, sobre la roca caliza de la plataforma; la primera hilada de piedras de tamaño medio, dispuestas planas, sólo desbastada su cara exterior, unidas en seco, sin orden, que forman su zócalo o base de

drenaje, que llega a una altura, en ambas, que oscila entre los 1,60 y 1,80 m, son inmovilizadas por otras piedras más pequeñas a modo de cuña.

Su típica planta llamó en su día la atención de los estudiosos, que se han referido numerosas veces a ella; su esbozo ha sido publicado repetidamente y, sin embargo, nadie había profundizado en su estudio, de manera que eran contempladas como una curiosidad, dentro de la arquitectura militar indígena.

Las dos torres que flanquean la puerta principal del Castellet son casi gemelas, de planta pentagonal, con cámara interior cuadrada a la que se accede por la base. El perímetro exterior de la torre Norte, es decir, la que situados en el corredor de entrada queda a nuestra derecha, mide 36,28 m, la base 6,96 m, en la que está situada el acceso a la cámara interior que presenta una abertura de 2,30 m. En planta, la altura del pentágono mide 10,90 m. Situados en la posición anterior, pero a nuestra izquierda, tenemos la torre gemela Sur, que presenta un perímetro exterior, ligeramente menor que la Norte, de sólo 36,10 m, la base mide 6,80 m y, como la anterior, tiene en ella el acceso a la cámara de 2,50 m de luz. La altura del pentágono es de 10,30 metros.

Lluís Brull y J. de C. Serra Ráfols al describirlas indicaban que, en el fondo, se trataba de un cuadrado al que se le había añadido un triángulo en su parte superior y, efectivamente, al ser cuadrados los espacios interiores delimitan perfectamente el triángulo superior del pentágono. Este último es casi equilátero y presenta una altura de 6,40 m y 6,05 m, respectivamente. Por ello, a quienes pretendiesen derribarlas de manera frontal se le oponían más de 6 m de espesor y 1,10 m en los muros laterales del cuadrado.

Hemos dicho que en construcciones defensivas la altura, como norma, doblaba la anchura. Entonces, en el caso de la torre Norte, por ejemplo, si la base del pentágono mide casi 7 m, su altura total podía alcanzar muy bien los 14 m, cifra que puede parecer exagerada, pero que bien puede ser si tenemos en cuenta que, a pesar de la cámara vacía de forma cuadrada del interior, siempre en ella podía levantarse una columna central que sostuviera la plataforma superior y el tejado. Columna maciza, o bien una escalera de tapia o adobe que resiguiendo en su ascensión los lados interiores de la cámara, tal como tenemos testimoniado en Zalamea de la Serena, añadiesen a los 1,10 m de grosor de los muros otros tantos, como mínimo, suficientes para conseguir la altura total indicada.

Como vemos, el tipo de construcción de estas torres, zócalo de piedra y tapia por encima, no difiere, en absoluto, del que normalmente utiliza el mundo ibérico del área, que llega a ser secular y

alcanza nuestros días. Incluso en la misma plataforma donde se asienta el Castellet de Banyoles todavía existe un pequeño fortín, levantado en el siglo XII por la casa de Barcelona al llegar sus tropas al Ebro, tomada ya Tortosa, que reproduce con exactitud el mismo tipo de construcción. Todavía pueden verse sus muros de tapia sobre zócalo de piedra alcanzar los 6 m de altura.

El zócalo o base de drenaje de las torres se viste, decíamos, de piedras de tamaño medio, sin formar hiladas, desbastadas en su cara exterior, dispuestas planas, unidas en seco y alcanzando una altura de 1,60-1,80 m. Sin embargo, las que forman el ángulo superior del pentágono, las frontales, debido a su comprometida función y a tener que formar ángulo, son trabajadas, dispuestas en hilada, y su mayor tamaño llega a los 0,40 m de altura y 1,30 m de anchura.

Las dos torres pentagonales no están colocadas paralelas una de otra, sino que sus ejes centrales llegan a converger al frente a unos 120 metros de distancia, precisamente fuera ya del corredor de entrada a la plataforma del Castellet, en el único lugar en el que es posible por su anchura anclar la artillería de asedio, de manera que las torres orientan el vértice superior de su forma pentagonal hacia el único lugar de donde puede llegar un proyectil. Con esta disposición convergente quienes pretendiesen llegar a la puerta principal del Castellet, situada entre las bases de ambas torres, se encontraban en el recorrido de los aproximadamente 11 m que tienen de altura las torres, primero con un ancho espacio, pues la distancia entre los vértices superiores es de 9 m, pero luego se estrecha hasta sólo los 3,64 m, debido a la disposición de convergencia de las torres y a sus ángulos laterales interiores, para volverse a ensanchar, junto a la puerta hasta los 5,20 m. Todo ello obedece a impedir que un pesado ariete cubierto pueda llegar con todos sus efectivos a forzar la puerta, pues la angostura de los 3,64 m provoca la reducción de efectivos que conducen la máquina, impidiendo con ello su plena efectividad, aparte de hallarse en pleno fuego.

Al iniciar la reexcavación de la base de las torres hallamos — confesamos que con gran sorpresa por nuestra parte — una cloaca, con algún tramo todavía recubierto de losas planas de 0,50 m en fondo y cubierta y de 0,60 m de altura las laterales, que desde 18 m en el interior del poblado, sin ninguna estructura alrededor, llegaba en línea recta a la base de la torre Sur, atravesaba de forma incomprensible en diagonal el espacio ocupado por la puerta principal entre torres hacia el lateral interior de la Norte, lo reseguía, pasaba su vértice superior, y continuaba todavía unos 20 m frente a ellas antes de morir bifurcándose. Comprobado su desnivel, vimos que era sólo de 1 cm hacia el exterior.

No dejaba de ser muy extraño que un desagüe de este tipo pasara por lugares tan comprometidos en el aspecto defensivo como era la puerta principal del Castellet, a pesar de transcurrir cubierta, fuera de la vista. Inicialmente no comprendimos su exacta función, hasta que por casualidad al releer el episodio del cerco de Platea por los peloponesios del 429 y ver el extremo cuidado que tenían los sitiados por la conservación de sus defensas, entre las que figuraba como elemento constructivo la tapia, pensamos que la cloaca del Castellet podía no ser otra cosa que un complemento del drenaje de las torres. Es decir, la cloaca se construyó para recoger el agua de la lluvia de la cubierta de las torres, canalizada por conductos de plomo a ella y vertida al exterior, de manera que no dañasen la tapia de los muros, a pesar del drenaje del zócalo, de estar enlucida y de la protección suplementaria que podían dar unas pieles desplegadas sobre ella, dada la altura, al llover con intensidad. Este conducto aseguraba un perfecto drenaje evitando la humedad a la tapia de los muros y por esta razón pasa de una torre a otra y vierte al exterior a unos 20 m alejada de las torres. Después veremos la gran importancia de esta distancia, porque, en el fondo, las dos torres pentagonales que defienden la puerta del Castellet no son unas defensas aisladas, como creyeron los excavadores de 1942-43, sino que forman parte de todo un complejo defensivo; de ahí que debamos hablar de sistema defensivo frontal.

Ya Serra Ráfols en su artículo de 1941, publicado en la revista *Ampurias*, mencionaba un posible muro frente a las torres sin entrar en detalle. Nosotros proponemos que como defensas frontales, en realidad — como hemos visto —, se trata de la única zona comprometida en defensa, existen un epikampion y una doble línea de defensa. Si nos damos cuenta, vemos que la muralla al llegar al nivel de las torres no se une a ellas, sino que sigue adelante encerrándolas, circunscribiéndolas, viniendo a cerrarse delante de ellas con su propia puerta y a una distancia que nos viene dada, precisamente, por la prolongación de la cloaca, ya que ella debe vertir al exterior del recinto, formando la primera línea defensiva. Creemos que los dos restos de muros, que en la actualidad todavía persisten frente a las torres, formaban parte de la muralla, parte del primer cinturón defensivo del Castellet. La segunda línea la formarían las dos torres pentagonales con la puerta principal.

Al hablar de la torre n.º 20 de Posidonia indicábamos la presencia de un epikampion. Pues bien, en el Castellet existió también tal sistema de defensa y lo formaban las dos torres, el estrecho corredor dejado entre ellas y la línea de muralla, al que se podía comunicar desde el interior del recinto por una pequeña poterna, perfectamente

delimitada, y por él se podía llegar al espacio frontal dejado entre las dos torres y la primera línea defensiva. Casi desde la base de la torre Sur, por ejemplo, por la pequeña poterna, bien indicada, se podía salir al corredor de este lado, ciego en su final, determinado por el lateral exterior de la torre y la muralla, y por él alcanzar el espacio delante de las torres, limitado por ellas y la muralla a su frente. La dimensión de este espacio era de unos 20 m de largo, hecho que nos viene dado por la extensión de la cloaca.

De esta manera, del interior del Castellet podían salir hombres armados por la poterna y por el estrecho corredor alcanzar sin ser vistos el espacio frente a las torres. Ordenarse en profundidad y a una señal, abierta la primera puerta de muralla, salir al exterior, recorrer con aceleración los metros que les separaban de las máquinas de artillería e intentar destruirlas. Si el enemigo, al hacerles frente, les perseguía podían recular, en buen orden, hacia la puerta de muralla, penetrar en el epikampion y por los corredores entre torre y muralla y por la poterna entrar de nuevo, a salvo, en el Castellet. Si a pesar del fuego defensivo de la muralla el enemigo progresaba y penetraba en el epikampion, superada la primera línea, se hallaba bajo dos fuegos, ahora entraban en juego la potencia de fuego de las torres; pero si a pesar de todo se introducían por los corredores laterales en persecución de los defensores se encontraban con que estaba cegado, hecho que no podían ver por el ángulo de la torre, la poterna cerrada y debían recorrer de regreso los metros del corredor bajo continuo fuego. Llegaba a ser una trampa mortal. El poblado, sin embargo, permanecía incólume reguardado tras una gran segunda línea.

El epikampion del Castellet, como sus dos torres pentagonales, forman el sistema defensivo más completo que conocemos de toda la Península en el siglo III a. de J. C. y es una muestra más de la aplicación de unas ideas que circulan por el Mediterráneo Occidental que el mundo indígena conoce, acepta y las hace suyas. Si no puede descartarse una planimetría griega inicial, hay una profunda huella helena en todo el Castellet y no sólo certificado en sus defensas frontales. El tipo constructivo de la adecuación es plenamente indígena.

La aparición de estos sistemas defensivos, ya a finales del siglo IV si aceptamos que son construidos paralelamente al poblado, ya a finales del siglo III a. de J. C. si, como creemos, son fruto de una remodelación posterior, no obedecen a otra cosa que a la aparición en la zona del bajo Ebro de máquinas de artillería. El Castellet tuvo, en un momento, que defenderse de un enemigo capaz de utilizar los más modernos artilugios de la época, artilugios que, creemos, no estaban en manos de cualquier ejército, sino de uno numeroso, capaz de tener detrás de sí hombres y dinero suficientes para apoyar una

idea expansionista. Todo ello— por lo que sabemos — pudo ocurrir a partir del 218, del inicio de la segunda guerra púnica. Es posible que el Castellet adecuase sus defensas frontales en este preciso momento. Lo cierto — contra lo que se pensaba — es que el poblado, quizás por ellas llega a superar estos momentos especialmente difíciles, tenemos claros testimonios que indican una continuidad y sólo es destruido por incendio y arrasado a finales del siglo II a. de J. C.

Estamos convencidos de que la fundación del Castellet de Banyoles obedece, entre otras razones, a un intento de dominio del río Ebro, de su curso fluvial y de los caminos que lo remontaban. Su situación taponaba todo el vasto y gran mundo del Bajo Ebro con su delta que, como el de todos los ríos importantes, congrega a todos aquellos pueblos que tienen suficiente excedente para comerciar, primero con los indígenas que ocupan sus fértiles tierras de aluvión, luego se aprovecha el curso fluvial o los caminos que lo remontan en busca, sobre todo, de metales y maderas. El río Ebro no fue una excepción. También lo estamos respecto a que su final, a fines del siglo II a. de J. C., va unido al control del río.

Basta releer las fuentes de la época para darse cuenta de que los romanos utilizan, para el dominio del centro peninsular, dos vías por las que acceden con gran rapidez a este teatro de operaciones, la del Guadalquivir y la del Ebro, de tal manera que sus zonas bajas, sus deltas, forman su retaguardia. Es por las mismas vías fluviales o por los caminos, que junto a ellas remontan los ríos, que los campamentos y ejércitos romanos se suministran, por tanto, cualquier factor que los retrase o impida poner en peligro su supervivencia y el éxito de las campañas. Ello indica que de ninguna manera pueden tolerar que nadie, salvo ellos mismos, dominen tales vías.

A partir de mediados del siglo II a. de J. C. son un hecho las luchas por la conquista romana del área central, y el Castellet sólo resiste unos años más, a partir de los que es sitiado, asaltado con máquinas de artillería, tomado, incendiado y totalmente destruido y jamás se volverá a ocupar. Como si existiera una expresa prohibición. Sin embargo, la vida económica del lugar continúa, existe testimonio de ello; por tanto, es de suponer que no existió una dispersión de la población. Tan sólo unos años después, muy pocos, la zona del Castellet es capaz de exportar vino, aceite y grano no sólo al litoral del Levante peninsular, sino a la misma Roma, Nápoles y a ciudades del arco Ligur en envases con la sugestiva marca TIBISI, ¿Tivissa?; lo que nos indica nuevos emplazamientos, nuevos asentamientos indígenas; el nombre Tibisi es prerromano, pero alejados ya de la línea del Ebro, aunque es utilizado por el comercio, lejos ya de cualquier intento de su dominio.